

LOVE TALE

Conocí a Mariano en el Ateneo madrileño, refugio base para él, llegado de provincia castellana y malviviendo a base de guateques en LACI (la agrupación cultural iberoamericana), inauguraciones de exposiciones de pintura y sobre todo de bautizos y bodas en el café de San Isidro, allá por la Virgen de Atocha o así. Consiguió trabajo en un organismo oficial gracias a los buenos recuerdos que dejó su padre, asistente en guerra de quien fue, terminada ésta, preboste en los Madriles, manijero de permisos de importación y valedor de guías de aceite con el marchamo de ayudas a Auxilio Social.

Mariano, alma cándida y enamoradiza con ínfulas de grandeza, puso los ojos en la hija de su jefe, que también asistía con sueldo al lugar de trabajo de su padre. No era oficina siniestra, pero nadie aclaraba ni su objetivo ni su futuro. De su pasado, mejor olvidarse. La moza, de muy buen ver y mejor tocar como más tarde definiría Cela a alguna de las protagonistas de sus novelas, no le hacía ascos a las pretensiones de Mariano que, además, le recitaba como suyos poemas de amor tanto de Bécquer como de algún clásico que copiaba en la biblioteca del Ateneo Y allí, en la Cacharrería, supe de Mariano, huyendo él y yo del recital de música que casi semanalmente nos preparaba el crítico musical del “Arriba” llenando el salón de actos con socios, pocos, y gente que no tenía donde matar gratis la tarde. Como había que hablar de algo y el talante de Pedro Rocamora, su forma de llevar la dirección de la Casa, lo de Cultura Hispánica y lo mal que llevaba Ibáñez Martín el tema de la enseñanza, no daban para mucho por reiterativo, el tema del amor se abrió paso entre nosotros. Supongo que exagerando sus dotes tenoriescas llegaron las confidencias, lo de las citas escondidas, el rozar la mano o algo más cuando se entrecruzaba con la dueña de sus sueños por los pasillos de la oficina y todo eso que entonces era como la salsa, el ajo y perejil del amor, que para otra cosa no daba la vida. Vamos, que sin comerlo ni beberlo yo era como una especie de confesor de cuando entonces o, como ahora le dicen, consultor de temas amorosos.

Fui partícipe virtual de un noviazgo que nunca podía existir. Menudo era el padre de la chavala, con apellido compuesto, para dar vía libre a su retoño con un oficinista sin más oficio que sueños inconcretados. Pero, ay, el pretendiente aprobó el ingreso en Escuela Superior de Ingenieros de Minas y

lo que entonces era freno y rechazo, se convirtió en pieza apetecible, que menudo era el pasear las matinales del domingo por la acera derecha de Serrano entre Goya y Lista, haciendo manitas con un alumno de Minas. Pura poesía romántica. La cosa se consolidó cuando Mariano agotando su valor castellano, se plantó en el despacho de su jefe y le dijo: “Usted podrá impedir a su hija que se cite conmigo, le dará permisos para que no venga a la oficina, incluso es posible que le interne en las Teresianas, que sé que están de moda porque Carmencita tiene de tutora a una de ellas. Pero no me puede impedir que la vea aunque yo sea ciego, porque su imagen está grabada dentro de mí y tampoco puede mandar en mi mente ya que tengo en el cerebro escritas sus palabras y siento en mi rostro su aliento y en mis labios el sabor de sus besos”. Toma parrafito descriptivo que seguro llevaba aprendido y ensayado en el pasillo de la pensión donde malvivía.

El Jefe, que por puritita lógica debería, según los cánones de la época, despacharle con el “vuelva usted nunca”, se acordó del aprobado en Minas, de la precariedad de su puesto y hombre previsor, sabía de la transformación que más tarde llegaría a la Administración de la que formaba parte. Hubo boda en Los Jerónimos, luna de miel apoyada por Meliá que debía favores al padre de la novia y la pareja vivió feliz algún tiempo. Pasaron los años y en viaje a los Madriles intenté contactar con él y supe de desavenencias, de hastío y sobre todo de indiferencia. Mariano estaba próximo a jubilarse de la empresa que le había contratado como ingeniero, donde, lógicamente jamás bajó a una mina y ella, la moza que tan buen ver y palpar tuvo, fondona y amargada se la pegaba con el repartidor del butano, un apuesto marroquí.

es.humanidades.literatura
9 febrero 2005